

Sesión 3ª, en miércoles 5 de junio de 1963

Especial

(De 16.14 a 18.10)

PRESIDENCIA DEL SEÑOR HUGO ZEPEDA BARRIOS

SECRETARIO, EL SEÑOR PELAGIO FIGUEROA TORO

INDICE

Versión taquigráfica

	<u>Pág.</u>
I. ASISTENCIA	18
II. APERTURA DE LA SESION	18
III. HOMENAJE A SU SANTIDAD EL PAPA JUAN XXIII. (Discursos de los señores Letelier, Tarud, Sepúlveda, Allende, Frei, Vial, Echavarri, Maurás y Faivovich)	18

VERSION TAQUIGRAFICA

I. ASISTENCIA

Asistieron los señores:

—Ahumada, Hermes	—Enríquez, Humberto
—Alessandri, Fernando	—Faivovich, Angel
—Alvarez, Humberto	—Frei, Eduardo
—Allende, Salvador	—Gómez, Jonás
—Amunátegui, Gregorio	—González M., Exequiel
—Barros, Jaime	—Jaramillo, Armando
—Barrueto, Edgardo	—Larraín, Bernardo
—Bossay, Luis	—Letelier, Luis F.
—Bulnes S., Francisco	—Maurás, Juan L.
—Castro, Baltazar	—Pablo, Tomás
—Contreras, Carlos	—Rodríguez, Aniceto
—Contreras, Víctor	—Sepúlveda, Sergio
—Corbalán, Salomón	—Tarud, Rafael
—Correa, Ulises	—Tomic, Radomiro
—Curti, Enrique	—Vial, Carlos
—Chelén, Alejandro	—Videla, Hernán
—Durán, Julio	—Wachholtz, Roberto
—Echavarri, Julián	—Zepeda, Hugo

Actuó de Secretario el señor Pelagio Figueroa Toro, y de Prosecretario, el señor Federico Walker Letelier.

II. APERTURA DE LA SESION

—*Se abrió la sesión a las 16.14, en presencia de 18 señores Senadores.*

El señor ZEPEDA (Presidente). —En el nombre de Dios, se abre la sesión.

III. HOMENAJE A SU SANTIDAD EL PAPA JUAN XXIII.

El señor ZEPEDA (Presidente). —Tiene la palabra el Honorable señor Letelier.

El señor LETELIER.— Señor Presidente:

Cuando aún se escuchaban en los ámbi-

tos de Roma las alabanzas al Concilio Ecu-
ménico y convergían hacia él las miradas
de todos los hombres que creían ver en el
Pontífice que lo convocó y dirigió al más
hábil de los estadistas, se supo que una
enfermedad mortal comenzaba a hacerse
visible.

Un sentimiento de pesar, a la vez que
de cierta duda, embargó las almas de los
fieles y también de quienes estaban al
margen de su autoridad. Se pensó que
no era posible que una obra tan inmensa
se quebrara de súbito, al extinguirse la
vida de quien la había realizado.

Siguieron los días y los meses, y aun
cuando las noticias acentuaban los moti-
vos de alarma, la actividad del Pontífice
permitía seguir alimentando la duda, que,
más que duda, era esperanza.

De pronto se supo la realidad, y junto
con ser ella conocida, los síntomas de la
gravedad arreciaron unos en pos de otros,
hasta que en breve plazo vinieron los pri-
meros estertores de la muerte.

Sin embargo, el mundo todavía conce-
bía esperanzas.

Fue necesario que empezara la agonía,
y aún en ese instante, que se fue prolon-
gando más allá de lo habitual, se esperaba
un milagro.

Es que nadie se resignaba a perder al
más alto exponente que en ese momento
podía exhibir el orbe civilizado, al que
más rápidamente se había ganado el afec-
to de todos sus hermanos.

Alguien dijo ayer que mientras el So-
berano Pontífice es, en el concepto católi-
co, el representante de Dios ante los hom-
bres, Su Santidad Juan XXIII fue el repre-
sentante de los hombres ante Dios. En ese
feliz retruécano, he creído ver la razón
íntima del cariño y, más tarde, de la tris-
teza del mundo, cuando se enteró del fa-
llecimiento.

Profundamente humano en todos los

rasgos de su carácter y en todos los momentos de su vida, supo dar a sus actos ese sello inconfundible del hombre bondadoso que sabe entender y, por eso, es entendido; que sabe querer y, por eso, es querido.

Cuando fue designado Pontífice, el mundo entero creyó que a la suma inteligencia de Pío XII había sucedido la suma bondad de Juan XXIII. La verdad es que, a la admiración sin límites que provocaba el primero, sucedió una corriente de simpatía cuyos hilos circundaron la tierra y cuya intensidad fue aumentando día a día.

Mas de pronto se vio que también su inteligencia y su preparación eran equivalentes a las de su antecesor. Desde ese instante, la simpatía, que ya era cariño profundo, quedó asociada con la admiración, y la persona del anciano pasó a ocupar, con la complecencia universal, el primer lugar entre los hombres de todas las naciones.

No es éste el momento de analizar la obra de Juan XXIII. Se trata sólo de rendirle homenaje, que debe ser parco en la extensión y sobrio en el estilo; pero es imposible negarse a pensar en voz alta, para explicarse brevemente la razón de la influencia incontrarrestable que logró tener sobre todas las inteligencias y todos los corazones.

Yo diría, señores Senadores, que el Papa Juan sólo habló sobre lo que conocía muy profundamente.

Su primera impresión de la vida fue la pobreza.

Nacido en un hogar de campesinos honorables del norte de Italia, que carecían de capital para defenderse de las contingencias de esa actividad, su vida y la de sus hermanos tuvieron, desde el comienzo, el sabor amargo de la vida estrecha.

El andar del tiempo y el brillo de su

carrera le permitieron evitar sus efectos, pero en su círculo familiar, lo que más influye en el pensamiento de cualquiera, la imagen de la pobreza siguió siendo la compañera triste de toda la jornada.

Vio, por otra parte, que el mundo de la industria se agigantaba con ritmo ascendente; que los progresos de la técnica y la ciencia se ponían al servicio del desarrollo económico; que el mundo, en una palabra, era capaz de crecer en términos ilimitados por el mejor aprovechamiento de las cosas y las ideas, pero que, en cambio, la pobreza seguía siendo la única realidad para el mayor número.

Lanzó, entonces, su Encíclica "Mater et Magistra", que el mundo recibió emocionado, porque era la voz de quien, conociendo a fondo la verdad de sus planteamientos, se colocaba en el justo plano, en el centro mismo de la verdad.

No era el grito apasionado de los pobres que se rebelan contra los poseedores de la fortuna, ni la defensa de estos últimos más allá de lo legítimo.

Era sólo la voz del hombre justo, que, tras una vida intensa, en que había visto todo, quería que el futuro tuviera horizontes.

Lo apasionaban el progreso y la justicia social, mas no quería que aquél se produjera a costa de ésta, sino que, a la inversa, los bienes de la tierra sirvieran lealmente a los más.

Por eso, su palabra tuvo resonancia universal: porque su contenido era verdadero y porque quien la expresaba había adquirido la elocuencia de su prestigio.

Su otra idea obsesionante fue la proscripción de la guerra.

Participó personalmente en la de 1914. Vio sufrir y morir a sus hermanos y, lo que es aún más grave, vio cómo quienes se salvaron de las balas perdían, en cambio, el concepto del bien y del mal.

Vio los efectos de la Segunda Guerra, mientras desempeñaba, con tino y delicadeza que le eran naturales, un cargo diplomático, y en éste pudo ver, además, cómo se odiaban, incluso, los hijos de una misma tierra, cuando la guerra, expresión máxima del odio, penetra en los territorios y las conciencias.

El, que amaba a sus hermanos, vio que la guerra era la mayor expresión del sufrimiento; él, que amaba el progreso, vio que la guerra era el perfeccionamiento de la destrucción.

Por eso quiso convertirse en el personero de la paz.

Quiso poner al servicio de ella el acervo milenarío de la Iglesia Católica y el contingente inapreciable de su labor pastoral.

Buscó, primero, dar ejemplo interno: que se sintieran hermanos todos los que, de una manera u otra, creyeran en las virtudes del cristianismo.

Buscó, en seguida, a los que estaban lejos de su autoridad jerárquica, pero a quienes, indudablemente, atraía su autoridad moral. A unos y otros expresó, con franqueza y amor, cuál debía ser la conducta de los individuos, los países y los gobiernos.

Su palabra tuvo de nuevo resonancia universal, y esta vez aún mayor que la primera, porque también su contenido era verdadero y porque quien la expresaba había acrecentado la elocuencia de su prestigio.

Pero su obra cumbre fue el Concilio.

Convencido de la verdad y la eficacia de sus ideas matrices, quiso que todo los obispos las apreciaran y aquilataran, para que su contenido pasara a ser en seguida la voz de la Iglesia. Todo ello, aparte muchos otros temas de teología, moral, derecho o simplemente de procedimiento, que conviniera introducir o modificar.

Quería que la Iglesia Católica fuera una vez más la rectora cultural y moral de

los hombres, por la influencia de sus ideas y el peso de su actuación.

La muerte, en cambio, ha puesto fin a su obra, que parecería imposible de haberse logrado en tan corto tiempo.

No tengo la menor duda de que la Iglesia encontrará al sucesor digno de continuar la línea trazada y cuyo advenimiento sea tan providencial como lo fue el de Juan XXIII.

Entre tanto, los que pertenecemos a la civilización cristiana y, en especial, quienes llevamos con orgullo el título de fieles sumisos del Pontificado Romano, consignamos en estos instantes la plenitud de nuestro pesar.

Esa es, señor Presidente, la expresión de los Senadores conservadores.

El señor TARUD.— Señor Presidente, Honorable Senado:

Nunca en mi vida me he sentido más humilde que en estos momentos, cuando uso esta tribuna para sumarme al homenaje que rinde el Senado de la República al recuerdo de Su Santidad Juan XXIII. La universalidad de la pena que conmueve al mundo ante su desaparición es prueba bastante de lo valiosos que fueron su vida y su Pontificado para todos los hombres. Pareciera ya imposible agregar nada más a lo dicho por estadistas y personas de todas las razas y tendencias en tributo a su augusta persona. Sin embargo, el deber nos impele a consignar estas modestas palabras de reconocimiento y gratitud por todo lo que él nos ha dado, por el aliento que su obra pastoril trajo a la humanidad, por las perspectivas que su valiosa herencia moral y religiosa abre a la buena fe y la colaboración de todas las personas. *Y hablo, especialmente, porque su vida y sus encíclicas han significado una justificación para todos los católicos que, como yo, nunca han podido considerar su religión como separada de su conducta. Fue Juan XXIII, señor Presidente, el noble Pontífice que reivindicó*

virilmente, para todos los católicos, y en particular, para aquellos que están en la avanzada política, el deber de luchar por la suerte del pueblo, de esforzarse por mejorar la condición de los trabajadores, sin temer a anatemas reaccionarios ni a la burla, o al odio de las fuerzas sociales estáticas y osificadas, frente al hecho irrefutable de que cada paso que se da por dignificar al hombre, por hacerlo persona capaz de alcanzar la Gracia, es dar un paso adelante por el único camino que permite hacer realidad los principios cristianos.

Si alguna vez necesitamos consuelo y fortaleza frente a las zozobras y las dudas implicadas en los azares de una posición política popular, ambas bondades vinieron de la reflexión sobre la persona y la palabra de Juan XXIII, el Pontífice campesino, puro y bondadoso como la tierra misma, que hizo verdad concreta la fórmula de San Agustín: "En las cosas necesarias, unidad; en las cosas dudosas, libertad; en todas las cosas, caridad".

Ayer he leído cómo "católicos" reaccionarios italianos, atemorizados ante las acciones revolucionarias de Juan XXIII, lo llamaban el "Papa Rojo" y querían dar a entender que su propia precaria salud era un indicio del desagrado divino. Otro "católico" dijo, recientemente, en una revista de circulación internacional, que la Encíclica "Mater et Magistra" era "una aventura en trivialidad", en tanto que, de parte de cierto estadista "católico" del norte de Europa, se recibió el comentario de que el Papa Juan XXIII era "un buen sacerdote, pero un mal político".

Cito estos hechos a título exclusivo de ilustración de las dificultades que él encontró dentro de la propia Iglesia. Muestran que su labor no fue fácil y que la batalla que libró contra los prejuicios y las inflexibles posiciones dogmáticas, requirió, además de una plena posesión del espíritu de la caridad, energía indomable

y voluntad de hierro para marcar a todos la justa y fecunda senda del amor, la justicia y la paz.

Esa lucha quemó sus energías, pero le conquistó el indiscutible liderazgo moral del mundo y el respeto y cariño imperecederos de quienes siempre habrán de recordarlo como el hombre más eminente de estos tiempos y uno de los Papas más grandes en la historia de la Iglesia.

El Pontificado de Juan XXIII duró menos de cinco años, pero deja una huella histórica casi sin paralelo desde el punto de vista de la Iglesia y de sus potencialidades para el porvenir humano. No exageran quienes lo han llamado, por eso, revolucionario, en el mejor sentido de la expresión.

Su obra no necesita esperar el análisis de los teólogos ni de los exegetas o comentaristas. Su obra es viva, no queda simplemente confiada en las páginas de sus pronunciamientos o en los rincones más augustos de archivos nobles. En su Encíclica Madre y Maestra, proclamó que la Iglesia no es protectora de intereses creados ni amparo de abusos, sino constructora de la justicia, especialmente de aquella justicia que parece ser la más difícil de todas: la de los hombres que tienen, para con aquellos que no poseen más que el valor de su trabajo. En tal documento sagrado, Su Santidad dijo a los católicos que era su obligación moral y material esforzarse por hacer que la vida en sociedad, la "socialización" del hombre, característica de nuestra época, fuera armónica y conjugada de tal manera que efectivamente cada ser humano se sintiera hermanado y solidario de todo otro ser humano. Y añadió que el fundamento concreto de tal comunidad, preservada en la caridad y la libertad, es, aparte la fe, la afirmación de la dignidad del trabajo.

Su Encíclica Paz en la Tierra, dirigida no sólo a los católicos, sino a todos los

hombres de buena voluntad, es corolario natural de Madre y Maestra. Conmovido por el tremendo impacto de la crisis mundial de octubre pasado, la voz de Juan XXIII habla con todo el gran peso ético de su alta dignidad y en nombre de toda la raza humana, cuando exhorta a estadistas y gobiernos a preservar la paz, porque *“los pueblos viven siempre bajo el temor de una tempestad amenazadora que en cualquier momento puede desencadenarse con ímpetu horrible”*. El Papa no culpa a nadie, sino al temor mutuo de dos regímenes, por este miedo, y señala que la solución está en el camino de la colaboración, regulada por la verdad. Esto —dice— exige antes que nada que de estas relaciones se elimine toda huella de racismo y se reconozca el principio inmutable y sagrado de que las comunidades políticas son iguales entre ellas y tienen un mismo derecho a la existencia y a desarrollarse y alcanzar los medios para lograrlo. En tal mundo —puede inferirse del pensamiento de Su Santidad—, no caben los colonialismos, ni los imperialismos ni las coerciones de una nación contra otra y, en cambio, son urgentes y necesarios el desarme, la conciliación, la transacción y la coexistencia pacífica. Más aún, Su Santidad señala que el desarme genuino debe alcanzar hasta las propias conciencias de hombres y mujeres, para así lograr que la paz sea virtud asentada en la confianza recíproca.

Y así, dijo el Pastor desaparecido, *“cabe esperar que las naciones, entablando relaciones y negociaciones, vayan conociendo mejor los vínculos sociales de la naturaleza humana y entiendan con mayor sabiduría que hay que colocar entre los principales deberes de la comunidad humana el que las relaciones individuales e internacionales obedezcan al amor, no al temor, porque el amor lleva de por sí a los hombres a una sincera y múltiple unión de intereses y de espíritus, fuente para ellos de innumerables bienes”*.

Estas palabras de Su Santidad, señor Presidente y Honorable Senado, son la luz más esperanzadora de este angustiado tiempo. No tengo dudas de que, así como el gran Concilio de la Unidad Cristiana, convocado por Juan XXIII, tendrá que continuar para mayor bien de toda la especie humana, no habrá ningún hombre que deje de recoger esta herencia de nobleza y generosidad, para esforzarse por hacer verdad tales sentimientos, como homenaje vivo, palpitante, a la memoria de este humilde hijo de labriego que ha llenado todo el ámbito de una época con su presencia pastoral.

El señor SEPULVEDA.— Señor Presidente y Honorable Senado:

En nombre del Partido Liberal y de los Honorables colegas pertenecientes a esta colectividad política, cúmpleme el alto honor y, a la vez, la dolorosa misión de agregar nuestra emocionada voz al homenaje que esta tarde rinde el Senado de Chile a la memoria de uno de los más notables jefes de la Iglesia Católica, Su Santidad Juan XXIII, cuyo desaparecimiento no sólo embarga de justo dolor a la cristiandad, sino a todo el complejo y contradictorio mundo en que vivimos.

El Partido Liberal chileno, que sustenta y defiende los principios que sirven de cimiento a la civilización cristiana y está al lado de todas las manifestaciones espirituales que signifiquen conducir al hombre hacia su perfección moral, no podía dejar de hacer sentir su palabra dolorida ante el lamentable fallecimiento del Venerable Pastor, cuyo amor por la humanidad, sin distinciones, le ha ganado la admiración y gratitud de los hombres de todas las latitudes, razas, credos e ideologías.

Y es extraño: son muchos los Pontífices de la Iglesia Católica que han dejado recuerdo imperecedero y profundas huellas, por su sabiduría y santidad, pero ninguno, como el Papa Juan XXIII, en tan corto reinado, ha sido capaz de con-

mover tan hondamente a un mundo que se ha visto unido, por primera vez, ante un mismo sentimiento de alabanza hacia una persona y su obra, así como, también, solidario en un común dolor por su desaparecimiento.

Más que la interesante y anecdótica biografía del ilustre jefe de la Iglesia, cuyo nombre fue Angelo Giuseppe Roncalli Mazzola, y que, de sencillo campesino nacido en el pueblecito de Sotto il Monte, llegó a convertirse en el Romano Pontífice Juan XXIII, es oportuno destacar, desde esta elevada tribuna cívica, algunos aspectos del pensamiento y la actitud que revelan la extraordinaria categoría espiritual y humana de tan insigne varón.

Es, en verdad, un ejemplo que está gravitando poderosamente sobre todas las criaturas que habitan la tierra.

En menos de cinco años de asumir la inmensa responsabilidad que le fue encomendada, sin ejércitos ni armamentos nucleares, sin pactos ni tratados de respaldo político o armado en el campo internacional, sin arengas ni amenazas, logró, en ese brevísimo espacio de su vida, y también con su dolorosa agonía y su propia muerte, la inclinación reverente de toda la humanidad.

¡Cuánto tendremos que aprender de tan grandioso ejemplo!

Pero veamos, Honorables Senadores, el secreto de este caso que ha provocado esta curiosa uniformidad universal, en un mundo plagado de incomprendiones, enojos y animosidad beligerante.

En la primera alocución de Juan XXIII dirigida a los Cardenales, después de ser elegido Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, expresó:

“Todos se complacen en atribuirnos una de aquellas tareas que, según su opinión, nos corresponde cumplir. Y así exigen del Papa que sea un estadista, al tiempo que debe ser diplomático, lumbrera de ciencia, organizador de la sociedad humana,

en suma, un hombre que con éxito y desapasionadamente hace frente a todos los aspectos del desarrollo humano. Todos los que piensan de este modo han abandonado el buen camino, pues, se han forjado el ideal de un Papa que no refleja en toda su extensión la verdad.

“El nuevo Papa” —agrega Juan XXIII — “tratará, en primer lugar, de realizar en sí mismo la imagen del buen pastor; él es “la puerta del redil”, según San Juan.

“Lo que ante todo nos preocupa, es el oficio de pastor. Todos los otros aspectos humanos —ciencia, agilidad mental, sentido diplomático, capacidad organizadora— serán digno complemento de un Pontificado, mas no pueden reemplazar al buen pastor. La idea central es el celo del buen pastor que está pronto a hacer los mayores sacrificios: “El buen pastor da la vida por sus ovejas”.”

Fue así como toda la humanidad sintió, sin distingos de razas, credos religiosos ni ideologías políticas, al margen de todo otro sentimiento que pudiera separar a los hombres, el eco bondadoso y acogedor de esa voz paternal y el calor humano de esos brazos abiertos al universo, deseosos de abarcar y proteger amorosamente a todas las criaturas.

Predicó, con desesperación, la paz y el amor entre los hombres, ideales por los cuales ofreció, en sus últimos instantes, los horribles dolores de su agonía, la que no permitió aliviar, para dar, ante Dios y para sus semejantes, todo lo que le fue posible entregar, tan generosa y abnegadamente, hasta exhalar el hálito postrero de su ejemplar existencia.

Los liberales de Chile se inclinan respetuosos, reverentes y agradecidos, ante las virtudes y el hermoso ejemplo de ese varón santo que fue expresión vivificada del Divino Maestro de Galilea, y señalan su obra y sus lecciones como el camino que la humanidad necesita para avanzar, realmente, hacia la armonía, la paz, el pro-

greso social y la felicidad de todos los pueblos.

He dicho.

El señor ALLENDE.— Señor Presidente, señores Senadores:

Alzo mi voz, ante este homenaje que se rinde al Papa Juan XXIII, en nombre de lo que encarno y represento.

Estas palabras no son dictadas por el formulismo político, la cortesía de la convivencia, el respeto a las ideas y sentimientos ajenos o la congoja natural que acompaña a la muerte.

Alzo mi voz para vaciar la expresión nacida de la entraña misma de las masas populares, los pobres, los explotados, aquellos que, con fe o sin ella, con creencias dogmáticas o espontáneamente elaboradas, se agrupan en la familia humana que me ha conferido el alto honor de ser su abanderado.

El examen de la extraordinaria personalidad de Angelo Giuseppe Roncalli Mazzola nos coloca desde ya ante un panorama tan rico en hechos y virtudes que el espíritu parece perderse cuando elige cualesquiera de sus facetas. Giovanni y María Anna, sus padres, campesinos de Sotto il Monte, braceando como los pobres ante la vida; el recorrido a pie de 12 kilómetros que, con sus libros bajo el brazo, hacía todos los días el "bambino" Roncalli para seguir los estudios de la escuela primaria; su preferencia natural para oficiar de cura de aldea; sus notables condiciones de inteligencia, unidas a la sencillez, que lo inducen a ocultar su calidad de indiscutido primer alumno; su servicio como voluntario, a comienzos del siglo, en el regimiento de infantes "Lombardía", del cual egresa con el grado de sargento; su incorporación al Ejército, en 1914, como capellán en la Primera Guerra Mundial; su admirable carrera diplomática; sus anécdotas preñadas de humanidad; sus encíclicas; su amor a los pobres; su coraje moral; su cálida sencillez

campesina; su fortaleza en la lucha contra la enfermedad y la muerte; todo el decurso de su vida, da sendero y abre puerta hacia el estudio, análisis y ponderación de su augusta personalidad.

He creído que la grandeza del Vicario que desaparece, después de sus cortos cuatro años de pontificado, descansa, de manera fundamental, en haber sabido, como nadie antes que él en la Iglesia, comprender e interpretar a las presentes generaciones, y en haber tenido la sabiduría y el valor para proclamar claramente ante el mundo su pensamiento.

Es incuestionable que cada generación representa, en el desarrollo de los pueblos, una expresión de su vitalidad. Sin embargo, ciertas etapas resultan más polémicas que otras y se caracterizan por un impulso espontáneo de creación y no por conservar dócilmente el aporte recibido. Hay otros períodos notoriamente "acumulativos", cuyo papel es de simple prolongación del ritmo del pasado.

La observación de la realidad demuestra de modo palmario que, desde el primer cuarto de este siglo, las generaciones son "polémicas" o creadoras. Sin embargo, también el tiempo presente se caracteriza por la sordera de algunos sectores sociales ante los estímulos de lo espontáneo, por su renuencia para acometer los designios de la auténtica vocación. Es así como parte del mundo sestea y se aloja en instituciones, sistemas, modos de sentir y pensar caducos, secos, muertos, que carecen de afinidad y sintonía con el temperamento y el imperativo de las nuevas generaciones.

Quiero sostener aquí que el más grande mérito de Juan XXIII consiste en haber señalado a la Iglesia una posición, un camino que concuerda, desde su punto de vista, con la pulsación de los tiempos que corren.

No conocía el mundo, mediante las encíclicas, otro lenguaje que el de dividir a

los hombres entre buenos y malos, entre fieles e infieles.

No podríamos tampoco ocultar, en esta solemne oportunidad, que la exclusión de los no creyentes en los mensajes papales no había tenido la misma gradación. Así, el mundo socialista aparecía ante ellos o como orbe inexistente o como un estado de cosas inicuo o depravado. La Encíclica "Divini Redentoris", de 19 de marzo de 1937, del Papa Pío XI, condenando al socialismo, es la más violenta imprecación contra la Unión Soviética y México, pues califica los sistemas de ambos países como expresiones supremas de la perversidad.

Es Juan XXIII quien, asombrando al Universo, invita al Concilio Ecueménico del Vaticano, en octubre de 1962, a los "herejes" de los siglos pasados y recientes, a las Iglesias Anglicanas, Protestantes, Ortodoxa Rusa y Griega, en fin, a todas, a participar como observadores del Concilio. Cuando los más altos dignatarios de estas comunidades religiosas lo visitan en el Vaticano, Juan XXIII abandona el Trono Papal, se sienta, como si fuera uno de entre los muchos, en una silla cualquiera, y, convertido en Angelo Giuseppe Roncalli, en el adolescente de Sotto il Monte, en el sargento Roncalli, en el buen cura de aldea, dialoga, conversa, intercambia criterios e ideas. En una hora de acercamiento, aventa siglos de odiosa y enconada separación.

Es Juan XXIII quien, en su Encíclica Paz en la Tierra se dirige "a los Venerables Hermanos Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás ordinarios, en paz y comunión con la sede apostólica, el clero y fieles de todo el mundo", y —quiero subrayarlo— "a todos los hombres de buena voluntad". Al colocar a la Iglesia en un nivel supranacional, el Pontífice se dirigió a los fieles e infieles, a los creyentes y no creyentes, y para estos últimos tuvo la feliz denominación de "los hombres de buena voluntad".

El Papa colocó a todas las naciones en un mismo plano, sea su régimen político el capitalista y liberal, sea que estuvieran regidas por cualquier tipo de socialismo.

Cuando el humilde campesino de Bér-gamo traspasa los linderos de la inmortalidad, estimo de mi deber, por lo que siento en mi espíritu y por lo que sienten en el suyo los chilenos que comparten mis sentires y querer, señalar con emoción los hitos más altos del pensamiento del Papa de los pobres.

Para ello recurro a las páginas de su Encíclica cumbre, Paz en la Tierra.

Para condenar la segregación política, la persecución del pensamiento, que imperó en nuestro país durante diez años muy próximos y que aún está establecida en muchas latitudes en nombre de la "democracia", el Papa dijo textualmente:

"De la misma dignidad de la persona humana proviene el derecho a tomar parte activa en la vida pública y contribuir a la consecución del bien común. Derecho fundamental de la persona humana es también la defensa jurídica de sus propios derechos, defensa eficaz, imparcial y regida por los principios objetivos de la justicia".

Contra los gobernantes que impiden a sus ciudadanos visitar otros países, con el pretexto de que no sean contaminados, afirma Juan XXIII:

"Todo hombre tiene derecho a la libertad de movimiento y residencia dentro de la comunidad política de la que es ciudadano; y también tiene derecho a emigrar a otras comunidades políticas. El hecho de pertenecer a una determinada comunidad, no impide de ninguna manera el ser miembro de la familia humana y pertenecer en calidad de ciudadano a la comunidad mundial."

Contra la segregación racial, cáncer y vergüenza de nuestro tiempo, el Papa dijo textualmente:

"Las mutuas relaciones entre las comunidades políticas han de estar reguladas

por la verdad, la cual exige, antes que nada, que de estas relaciones se elimine toda huella de racismo; y que por tanto, se reconozca como principio sagrado e inmutable que las comunidades políticas, por dignidad de naturaleza, son iguales entre sí; de donde se sigue un mismo derecho a la existencia, al propio desarrollo y a los medios necesarios para lograrlo."

Al referirse al poder inmenso de la propaganda internacional y los medios de información, que en América está en una sola mano, el Papa dijo así:

"Se deben excluir aquellos métodos de información con los cuales, violando los preceptos de la justicia y la verdad, se hiere injustamente la fama de una nación."

Al leer esta frase y comprobar que la inmensa e incontrarrestable maquinaria informativa internacional vive empeñada en infamar sin tregua a un pueblo pequeño en número y grande en corazón, en alma y espíritu, no puedo menos de asociar esta declaración con el hecho de que el Sumo Pontífice mantuvo inalterables las cordiales relaciones diplomáticas del Vaticano con la República de Cuba; las mismas que el Papado no tiene, en cambio, con los Estados Unidos de Norteamérica, ni aun bajo la égida de un presidente católico.

Contra el armamentismo y las armas nucleares, el Papa dijo:

"Así, pues, la recta razón y el sentido de la dignidad humana exigen urgentemente que cese ya la carrera de armamentos; que de un lado y otro las naciones reduzcan simultáneamente los armamentos que poseen; que las armas nucleares queden proscritas, que, por fin, todos convengan en un pacto de desarme gradual, con mutuas y eficaces garantías."

Contra todo tipo de imperialismo y por el principio de autodeterminación de los pueblos, el Papa sostuvo que la moral prohíbe que una nación lesione la libertad,

integridad y seguridad de otra; que cada país tiene el derecho, según sus expresiones literales, "de administrarse libremente y de mantenerse neutral frente a los conflictos entre otras naciones".

Proclama también que "pertenece a las naciones menores el derecho a promover su propio desarrollo económico", y dijo en forma textual:

"Así, pues, es necesario que las naciones más florecientes, al socorrer en variadas formas a las más necesitadas, respeten con gran esmero las características propias de cada pueblo y sus instituciones tradicionales y se abstengan de cualquier intención de predominio."

Contra la exclusión de una país de más de 600 millones de habitantes de las Naciones Unidas, la República Popular China, el Papa se pronunció indirectamente al decir:

"Deseamos que la Organización de las Naciones Unidas pueda ir acomodando cada vez mejor su estructura y sus medios a la amplitud y nobleza de sus objetivos."

Al hacer notar que las cuestiones mundiales interesan a todos los pueblos, expresa textualmente que "tales cuestiones solamente puede afrontarlas una autoridad pública cuyo poder, forma e instrumentos, sean suficientemente amplios y cuya acción se extienda a todo el orbe de la tierra".

Contra la división de la familia humana, so pretexto de regímenes distintos, propugnada mediante la consigna del "mundo libre" como contraposición del "mundo socialista"; contra esa implacable guerra fría que inunda calles, caminos, senderos, mansiones, tolderías, espectáculos, la música, el arte, la academia, los libros, el cine, las revistas —incluso las infantiles—, las ondas y el aire; contra esa abismante división que, más alta que las montañas que nos rodean, mantiene a nuestra patria separada de la mitad del

mundo, extranjera a la mitad de la civilización, el Papa dijo estas palabras:

“Jamás podrá deshacerse la unidad de la sociedad humana, puesto que ésta consta de hombres que participan igualmente de la dignidad natural. De ahí la necesidad que brota de la misma naturaleza del hombre que se atienda debidamente al bien universal, o sea, al que se refiere a toda la familia humana.”

El Sumo Pontífice, extrayendo la humanidad de su mensaje de los años vividos junto al arado, en el surco, en la cosecha; de la convivencia con sus compañeros de armas, hijos del pueblo, en los cuarteles del “Lombardía”; nutriéndose del manantial inagotable del dolor humano, compartido en las trincheras como el sargento Roncalli; testificado en su peregrinaje sin pausa por hospitales, orfanatos, hospicios, cárceles, suburbios y barriadas donde las lágrimas tienen su mejor refugio, el Papa, dirigiéndose a todas las naciones de la tierra, cualesquiera que sean los regímenes que las gobiernan, dijo textualmente así:

“La convivencia humana es y tiene que ser considerada sobre todo como una realidad espiritual; como comunicación de conocimientos en la luz de la verdad; como ejercicio de derechos y cumplimiento de obligaciones; como impulso y reclamo hacia el bien moral; como noble disfrute en común de la belleza en todas sus legítimas expresiones; como permanente disposición a comunicar los unos a los otros lo mejor de sí mismos; como anhelo de una mutua y siempre más rica asimilación de valores espirituales. Valores en los que encuentran su perenne vivificación y su orientación de fondo las manifestaciones culturales, el mundo de la economía, las instituciones sociales, los movimientos y las teorías políticas, los ordenamientos jurídicos y todos los demás elementos exteriores en los que se articula y se expresa la convivencia en su incesante desenvolvimiento”.

Colocada frente al hombre y sus dere-

chos, la Encíclica Paz en la Tierra, ajena a toda reticencia, respalda de manera categórica la sustancia misma de los grandes movimientos que los pueblos desarrollan en muchas latitudes en pro de su liberación. Las acusaciones de disociadores, agentes del desorden, usufructuarios de la demagogia, en fin, de enemigos de la civilización cristiana, la familia y la sociedad con que se ha calificado y califica a los hombres y organizaciones que propugnamos un nuevo orden social, político y económico, han sido sepultadas por el Pontífice, al definir con claridad meridiana los derechos humanos.

Juan XXIII dice, *sobre el hombre y sus derechos*, estas palabras, que literalmente reproduzco:

“Todo ser humano tiene derecho a la existencia, a la integridad física, a los medios indispensables y suficientes para un nivel de vida digno, especialmente en cuanto se refiere a la alimentación, al vestido, a la habitación, al descanso, a la atención médica, a los servicios sociales necesarios. De ahí el derecho a la seguridad en caso de enfermedad, de invalidez, de viudez, de vejez, de paro y de cualquier otra eventualidad de pérdida de medios de subsistencia por circunstancias ajenas a su voluntad.”

Agrega:

“Todo ser humano tiene el derecho natural al debido respeto a su persona, a la buena reputación, a la libertad para buscar la verdad y, dentro de los límites del orden moral y del bien común, para manifestar y defender sus ideas, para cultivar cualquier arte y, finalmente, para tener una objetiva información de los sucesos públicos. También nace de la naturaleza humana el derecho a participar de los bienes de la cultura, y, por tanto, el derecho a una instrucción fundamental y fundamental y una formación técnico-profesional, de acuerdo con el grado de desarrollo de la propia comunidad política. Y para esto se debe facilitar el acce-

so a los grados más altos de la instrucción, según la capacidad de cada uno, de tal manera que los hombres, en cuanto es posible, puedan ocupar puestos y responsabilidades en la vida social conforme a sus aptitudes y a las capacidades adquiridas.”

El hijo de María Anna no podía olvidar a la mujer. Cuando sostiene que en la mujer “se hace cada vez más clara y operante la conciencia de la propia dignidad” y asevera con pasión que “ella no puede ser considerada y tratada como un instrumento”, está denunciando y proscribiendo los derechos infames que el dinero de los poderosos se ha atribuido, en el mundo capitalista, para explotar su miseria y convertirla a veces en mercadería de un placer fugaz.

Cuando exige para ella la paridad de derechos, así en el ámbito de la vida doméstica como en el de la acción pública, está proclamando por primera vez, desde el solio pontifical, que la misión de la mujer supera también las fronteras del hogar. Y no puedo olvidar aquí que, en el terreno de las cotidianas realidades, ante los más modernos sistemas de productividad ideados por el poder financiero, que abre los desiertos de la cesantía a la mujer que, durante la vigencia de su contrato de trabajo, celebra matrimonio para ser esposa y madre, el Pontífice expresa su anatema a procedimientos tan repetidos como inólitos.

No deseo en esta oportunidad referirme a las palabras de la Encíclica relativas a las relaciones entre católicos y no católicos en el campo económico, social y político.

No quiero subrayar tampoco el plano de igualdad en que el Pontífice coloca a los no creyentes que adhieren al régimen capitalista y a aquellos otros que, a la inversa, comparten la idea socialista. Igualdad de trato que, por desgracia, no se ve aún practicada por quienes profesan el cristianismo más en el ritual externo que en su sustancia. Lo dicho, sin considerar que, en el campo de las realizaciones, se

advierde mayor cercanía y afinidad entre el pensamiento del Pontífice y el de quienes propugnan soluciones de avanzada.

Tampoco me detendré en la aprobación que da el Papa a la colaboración de los católicos con los no católicos, cuando se trata de iniciativas justas y beneficiosas para la comunidad. Podría ello ser interpretado como un aprovechamiento, en el orden inmediato, de la evocación del Vicario de Cristo.

Señores Senadores, hay una palabra que, nacida en la entraña misma de la existencia humana, en lo más profundo de la célula, del átomo, respiran todas las bocas ansiosas de ella, expresan todas las manos que se levantan para ensalzarla y palpita en todos los corazones generosos: PAZ.

Y esa palabra —maldita para los que con ella trafican— estaba dormida en muchas conciencias.

Fue la vara mágica de un campesino, el toque vivificante de un Pastor el que logró despertar del letargo a esa inagotable fuente de amor y esperanza que encierran las tres letras del vocablo bendito.

Porque, en el mundo convulsionado en que vivimos, no se puede hablar de paz cristiana o liberal, paz musulmana o comunista. Hay una sola paz, suprema e indivisible, en toda la familia humana. Juan XXIII supo interpretar esa armonía universal con el poderoso diapason de su ejemplo de bondad.

Los ojos del mundo convergen en la plaza de San Pedro, la de los estrados solemnes, cuyas fuentes no están entonando el himno del agua, sino la melodía del llanto frente a las multitudes congregadas. Los ojos del mundo están contemplando el palacio de la cristiandad, que él tantas veces recorrió; el de la cúpula monumental; el de la Capilla Sixtina, con su “Juicio Final” y la “Creación del Hombre”; el de “La Pietá”, donde el canto gregoriano está grabado en cada centímetro. El genio de Miguel Angel pareciera revivir para ofrendar todos sus tesoros al hombre que

entregó a la Humanidad ese otro tesoro más valioso: la esperanza de paz.

Hoy día, cuando las campanas doblan a muerto, cuando en Occidente las multitudes gritan "peace" y las del Oriente claman "mir", es más necesario que nunca tornar la mente hacia este Príncipe de la Paz.

Sé que el saludo de los musulmanes, los que tienen a Alá por Dios y a Mahoma por profeta, es "salam alikam", que quiere decir "La paz reine en vosotros". Sé que Juan XXIII hizo vivo el milenarismo proverbial chino "La verdad está en todas partes y todos los pies conducen a ella".

Sé que en estos instantes los fieles de todas las religiones, los que peregrinaron con Mahoma, Confucio o Ghandi, los ateos y los idólatras, los que van en busca del Nirvana, todos, absolutamente todos, sufren la pérdida de un valor universal.

Juan XXIII fue la encarnación del amor entre los hombres.

Los peregrinos de la Plaza de Roma han visto apagarse la luz en una de las ventanas del Vaticano.

Amó a todos y todo, menos el odio.

Angelo Roncalli ha muerto... Los negros, los blancos, los amarillos, la policromía multifacética de la Humanidad lo lloran.

Angelo Roncalli ha muerto. En el panorama que se extiende ante mis ojos veo su figura, su niñez, Sotto il Monte; veo su vida y oigo el diálogo eterno que mantuvo con los pobres, con quienes tienen hambre y sed de pan y de justicia.

El plano de mi formación ideológica, que reconoce y exalta los grandes valores del espíritu, no me impide advertir en el paso por esta tierra del "bambino", del sargento Roncalli, del hijo de Giovanni y María Anna, del buen cura de los humildes, del Papa de "Pacem in Terris" un trazo del caminar por los senderos de Samaria, por las orillas del Tiberiade, de Jesús de Nazaret, del hijo de José y de María, del Maestro de Galilea, que, con-

templado desde la perspectiva de la fe o de la de su excelsa personalidad humana, trajo hace dos mil años, en el Sermón de la Montaña, un mensaje de liberación para los que sufren y de paz y amor para todos los hombres de buena voluntad.

Honorable Senado:

He volcado nuestra emoción por la pérdida que toda la Humanidad lamenta.

He de cumplir, además, un deber histórico de chileno. Nuestro movimiento popular, dentro de sus luchas, ha mantenido inalterable la posición sociológica fundamental que, desde el solio de los Pontífices, ha enunciado el Papa Juan XXIII.

Por ello, en esta solemne oportunidad, afirmo y proclamo que, cualesquiera que sean las vicisitudes que nos reserven las jornadas de lo porvenir, reiteraremos en la acción y ejecutaremos en los hechos los principios que Juan el Bueno, con grandeza insuperable, ha sabido magnificar.

El señor FREI.—Señor Presidente, durante estos días hemos asistido a un espectáculo conmovedor: el mundo unido junto a la figura de un hombre que sufría y esperaba la muerte.

De todas las regiones de la tierra y de todos los ámbitos, han surgido las expresiones de afecto, admiración y respeto.

¿Será posible decir algo más? ¿Es necesario agregar nuevas palabras?

Los gobernantes de todos los pueblos, los jefes de todas las religiones han dicho, en honor a Juan XXIII, frases tan profundas y bellas que sería empeño inútil sumar las nuestras.

Nadie podría subrayar suficientemente lo que significan tales declaraciones. Estamos acostumbrados, en estos tiempos, a hechos sorprendentes; pero no está agotada nuestra capacidad para reflexionar sobre acontecimientos de tanta magnitud, pues vemos en esta hora desvanecerse algunas barreras levantadas durante siglos y en las cuales se acumularon odios que han marcado la historia con huellas casi siempre dramáticas.

Quienes vivimos la quemante indignación contra el racismo y el antisemitismo, no veremos más repetirse viejas palabras hirientes, y los hombres que están en otras confesiones se llamarán —porque lo son— hermanos en Cristo.

En estos días, al oír los mensajes que vienen de ambos lados del mundo, hemos sentido que no somos dos humanidades contrapuestas y distintas: somos una sola Humanidad torturada por la necesidad de decidir la dirección de su destino.

Hemos visto brillar, por encima de todas las querellas, la amplia visión, la varonil benevolencia, el poderoso humor de un hombre sencillo y bueno.

Y aquí mismo, en Chile, el lunes pasado debe ser señalado de alguna manera, en nuestra propia historia espiritual, como día de profunda y noble fraternidad, que superó las distancias y las urgencias de nuestra situación política, en la cual todos estamos llamados, por un imperativo moral irrenunciable, a dar testimonio de nuestra conciencia sobre el porvenir del país.

¿Cuál es, en el fondo, el homenaje que estamos rindiendo? Un hombre anciano, de origen campesino; un prelado de la Iglesia milenaria, rodeado, durante toda la última parte de su vida, por el ceremonial, los títulos, las tradiciones, los edificios y vestiduras que una larga vida histórica y una sucesión de incontables generaciones han venido acumulando sobre el cuerpo de la comunidad cristiana. Allí, en Roma, era un habitante del Vaticano, un hombre al cual todos se dirigían con la más ferviente veneración, en medio de una pompa extraña para el mundo de hoy.

Para ojos ajenos, no deben ser ésas las circunstancias ni la edad más favorables para un espíritu de renovación interior, de transformación vital, pero, en el corto plazo de cuatro años, ellas han dado a la iglesia, a la cristiandad y al mundo, nuevas perspectivas morales y nuevas esperanzas.

Este Papa no era como lo pintan las fotografías, casi siempre engañosas, pues reflejan sólo la materialidad del rostro.

En nuestro siglo —lleno de imágenes falsas, como los ídolos—, se piensa siempre que un hombre bueno es un individuo blando, en los deslindes de la ingenuidad.

¡Qué diferente se mostró! Era recio como un sarmiento viejo. Sus rasgos, marcados y poderosos. Un rostro con enorme fuerza, en el cual brillaban ojos alegres, penetrantes, vivos, a ratos de mirada solemne.

Era sencillo y, por lo mismo, majestuoso.

Cuando pasaba en la silla gestatoria en todo su poder, iba como confuso, con expresión indefinible de afecto y bondad, como pidiendo excusas por estar tan alto, él, que se consideraba un hombre tan modesto. Por eso, en medio de todas las solemnidades, con un solo gesto, sin quitar grandeza al ceremonial, le daba de inmediato tono familiar y humano. Pero, al mismo tiempo, ¡con qué decisión empuñó el timón e imprimió rumbos tan fundamentales!

Me he preguntado muchas veces cómo poder traducir su mensaje. Esto pudiera parecer fácil y lo es; pero, al mismo tiempo, ¡qué difícil tarea resumir sus enseñanzas!

¿Y es realmente sólo su enseñanza? Porque en este hombre no sólo valían sus escritos o sus palabras. También tenían inmenso valor sus actitudes, que rompían tradiciones milenarias, borraban fronteras, acercaban a los hombres más distantes, inspiraban una sorprendente confianza. Hoy se dice de esos hombres que tienen carisma, porque hay en ellos algo indefinible que trasciende de su propio ser.

Es la hija de Kruschev que mira sus manos de campesino; es el gobernante del Japón que, después de 30 años de la muerte de su padre, cree encontrarlo en su figura; es al prelado de otra iglesia, que va pensando en el protocolo y en la ruptura

de cinco centurias, al que le tienden los brazos.

Es el hombre que, moribundo, dice: "Quiero morir sin saber si tengo algo que me pertenece. La pobreza siempre me cohibió, sobre todo cuando no lograba ayudar a los míos y a algún cofrade. Pero nunca me quejé de ello".

Es quien dice a un modesto y lejano visitante, cuando éste, al responder a su pregunta habla de sus hijos numerosos: "debe costar llenar la olla", como lo habría dicho un viejo trabajador que supo de las angustias de su pobre hogar.

Este solo llamado al corazón humano, tan directo, tan sencillo y fraterno, ya podía marcar su paso.

En esta tierra, tan llena de vanidad, técnica, poder espacial, de amenazas y orgullo, fue algo en extremo saludable que apareciera, en el más alto nivel, alguien que nos recordara que somos hombres. Nada más y nada menos.

Pero, además, dejó un testamento espiritual. Fue el Maestro.

Sus dos Encíclicas fundamentales contienen lo esencial de su doctrina. Juan XXIII rompió los marcos de una civilización que, pese a ser tan rica y tan noble, y a la cual pertenecemos, no encierra la universalidad del Mensaje Evangélico, que no es sólo para Europa, ni para América, ni siquiera para Occidente, porque no puede estar ligado a un solo Continente, a una sola forma histórica.

En "Mater et Magistra", surge la visión de la Humanidad que vive el hecho histórico y hasta biológico de la socialización —es el término que emplea— inevitable y progresiva, y de la marea, dominante para siempre, de los pueblos que crecen en su número, sus aspiraciones, su conciencia.

El Papa Juan, cuya característica fue siempre un robusto optimismo respecto de lo futuro, no se detiene en advertencias atemorizadas, ni se deja ensombrecer por

la congoja de los cambios ineludibles. Por lo contrario, se orienta hacia el progreso, la esperanza, el sentido de la comunidad y solidaridad humanas, en todos sus aspectos y expresiones.

"En el desarrollo de las formas organizativas de la sociedad contemporánea" —leemos— "el orden se realiza cada vez más con el equilibrio renovado entre una exigencia de colaboración autónoma y activa de todos, individuos y grupos, y una acción oportuna de coordinación y dirección por parte del Poder Público.

"Si la socialización se mueve en el ámbito del orden moral, siguiendo las líneas indicadas, no trae de por sí peligros graves de opresión con daño de los seres humanos individuales; en cambio, contribuye a fomentar en ellos la afirmación y el desarrollo de las cualidades propias de la persona; además, se concreta en una reconstrucción orgánica de la convivencia que Pío XI, en la Encíclica "Quadragesimo Anno", proponía y defendía como condición indispensable para que queden satisfechas las exigencias de la justicia social".

El mundo no tiene otra solución que la comunidad. La paz y la convivencia no tienen otro camino que la solidaridad sin reservas. Lo que durante siglos pudo parecer especulación filosófica, es hoy hecho real y tangible: una nueva forma de la historia.

Los hombres somos una sola comunidad en el planeta. El hambre de la inmensa mayoría, el subdesarrollo, la dependencia colonial o la dependencia económico-política, destruyen esa comunidad y hacen imposible la paz. Las políticas mundiales de poder y predominio, de imperialismo, de lucha por la hegemonía mundial; de colonialismo o neocolonialismo, ya no son solamente repudiables en sentido moral; son ahora un hecho bárbaro y peligro inmediato para la propia supervivencia del hombre. Por encima de las divergencias ideológicas y culturales de raza o de tradición histórica, el

hombre vive una crisis decisiva: la del reconocimiento eficaz de su responsabilidad comunitaria en la cooperación, la igualdad y la libertad; o bien de su destrucción en la violencia, la opresión y la tiranía.

Ninguna autoridad ha expresado con mayor precisión y claridad los deberes de la justicia internacional, de las relaciones entre los pueblos desarrollados y los que están en desarrollo, porque ya no se trata sólo de los pobres que luchan en el seno de cada nación: son los pueblos mismo los que buscan la justicia en un orden universal, sin el cual a veces son inútiles los esfuerzos internos.

“Producir más y mejor” —dice— “responde a una exigencia de la razón y es también una necesidad imprescindible. Pero no es menos necesario y conforme a la justicia, que la riqueza producida se reparta equitativamente entre todos los miembros de la comunidad: por lo cual se ha de tender a que el desarrollo económico y el progreso social vayan emparejados”.

“Las comunidades políticas” —continúa— “en fase de desarrollo económico (y pensemos, señores Senadores, en el caso de Latinoamérica), suelen presentar un sello inconfundible de propia individualidad; ya por los recursos y características específicas del propio ambiente natural, ya por sus tradiciones, a menudo ricas en valores humanos ya por las cualidades típicas de sus propios miembros.

“Las comunidades políticas económicamente desarrolladas, al prestar su cooperación deben reconocer y respetar esta individualidad y superar la tentación que las empuja a proyectarse, a través de la cooperación, en las comunidades que se están desarrollando económicamente.”

Y agrega estas palabras graves y definitivas: “Pero la tentación mayor que puede hacer presa en las comunidades políticas económicamente desarrolladas es la de aprovecharse de su cooperación técnica y

financiera para influir en la situación política de las comunidades en fase de desarrollo económico a fin de llevar a efecto planes de predominio mundial.

“Donde esto se verifique se debe declarar explícitamente que en tal caso se trata de una nueva forma de colonialismo que por muy hábilmente que se disfrace, no por eso sería menos dominadora que la antigua forma de colonialismo de la cual muchos pueblos han salido recientemente; nueva forma de colonialismo que influiría negativamente en las relaciones internacionales al constituir una amenaza al progreso y un peligro para la paz mundial.”

Este sentido de la comunidad humana, la cooperación y la solidaridad mundial, no puede ser eficaz si no es completa; si no se realiza en el vecindario, la ciudad y el campo; en la empresa, el sindicato, la administración pública y la nación; en la economía, la educación y la política; en el comercio internacional, y las relaciones políticas entre naciones y la comunidad mundial.

En especial, señala que “las estructuras deben ser conformes con la dignidad del hombre”.

“La justicia” —dice— “ha de ser respetada no solamente en la distribución de la riqueza, sino además en cuanto a la estructura de las empresas en que se cumple la actividad productora”.

“Por tanto” —agrega— “, si las estructuras, el funcionamiento, los ambientes de un sistema económico son tales que comprometen la dignidad humana de cuantos ahí despliegan las propias actividades o que les entorpecen sistemáticamente el sentido de responsabilidad o constituyen impedimento para que pueda expresarse de cualquier modo su iniciativa personal: *un tal sistema económico es injusto*, aun en el caso de que, por hipótesis, la riqueza producida en él, alcance altos niveles y sea distribuida según criterios de justicia y equidad.”

Este pensamiento central revela cómo, para este Pontífice, el problema concreto de la dignidad humana no se satisface con un cambio superficial, sino que exige reformas tan profundas en la estructura que no sólo sean eficaces para producir y aun para distribuir bien la riqueza, pues estima esencial que el hombre tenga participación responsable y se respete su iniciativa, o sea, su condición humana.

Por eso continúa con un título, "Presencia activa de los obreros en las empresas grandes y medias", en que dice: "Creemos oportuno llamar la atención al hecho de que el problema de la presencia activa de los obreros existe siempre, sea pública o privada la empresa, y en cualquier caso se debe tender a que la empresa venga a ser una *comunidad de personas* en las relaciones, en las funciones y en la posición de todos los sujetos de ellas".

Termina con aquello que llama la "Presencia de los obreros en todos los niveles".

"En la época moderna —dice en este título— se ha verificado un amplio desarrollo del movimiento asociativo de los obreros y su reconocimiento general en las disposiciones jurídicas de los diversos países y en el plano internacional, para los fines específicos de colaboración, sobre todo mediante el contrato colectivo. No podemos, sin embargo, dejar de hacer notar cuán oportuno o necesario sea que la voz de los obreros tenga la posibilidad de hacerse oír y escuchar más allá del ámbito de cada organismo productivo y en todos los niveles.

"La razón consiste en que los organismos productivos particulares, por muy amplias que puedan ser sus dimensiones y elevada e influyente su eficacia, están vitalmente insertados en el contexto económico-social de las respectivas comunidades políticas y condicionadas por él".

"Pero las resoluciones que más influyen sobre aquel contexto no son tomadas

en el interior de los organismos productivos particulares; son, por el contrario, decididas por poderes públicos o por instituciones que operan en plano mundial o regional o nacional o del sector económico o de categoría productiva. De ahí la oportunidad o necesidad de que, en tales poderes o instituciones, además de los que aportan capitales o de quienes le representan sus intereses, también se hallen presentes los obreros o quienes representan sus derechos exigencias y aspiraciones."

Nueva afirmación reciben estas ideas en la Encíclica Paz en la Tierra, en cuyo texto podemos leer:

"Tres son las notas características de la época moderna.

"Ante todo advertimos que las clases trabajadoras gradualmente han avanzado tanto en el campo económico como en el social. En las primeras fases de su movimiento promocional los obreros concentran su acción en la reivindicación de derechos de contenido principalmente económico-social; después la extendieron a derechos de naturaleza política, y, finalmente, al derecho de participar en los beneficios de la cultura. En la actualidad, y en todas las comunidades nacionales, está viva en los obreros la exigencia de no ser tratados nunca por los demás arbitrariamente como objetos que carecen de razón y libertad, sino como sujetos o personas en todos los sectores de la sociedad humana, o sea, en los sectores económico-sociales, en el de la vida pública, y en el de la cultura.

"En segundo lugar viene un hecho de todos conocido: el del ingreso de la mujer en la vida pública, más aceleradamente acaso en los pueblos que profesan la fe cristiana; más lentamente pero siempre en gran escala, en países de civilizaciones y de tradiciones distintas. En la mujer se hace cada vez más clara y operante la conciencia de la propia dignidad. Sabe

ella que no puede consentir en ser considerada y tratada como un instrumento; exige ser considerada como persona, en paridad de derechos y obligaciones con el hombre, tanto en el ámbito de la vida doméstica como en el de la vida pública.

“Finalmente la familia humana, en la actualidad, presenta una configuración social y política profundamente transformada. Puesto que todos los pueblos, o han conseguido ya su libertad o están en vías de conseguirla, en un próximo plazo no habrá ya pueblos que dominen a los demás ni pueblos que obedezcan a potencias extranjeras.

“Los hombres de todos los países o son ciudadanos de un Estado autónomo e independiente, o están para serlo. A nadie gusta sentirse súbdito de poderes políticos provenientes de fuera de la propia comunidad. Puesto que en nuestro tiempo resulta vieja ya aquella mentalidad secular, según la cual unas determinadas clases de hombres ocupaban un lugar inferior, mientras otras postulaban el primer puesto en virtud de una privilegiada situación económica y social, o del sexo, o de la posición política.

“Al contrario, por todas partes ha penetrado y ha llegado a imponerse la persuasión de que todos los hombres, en razón de la dignidad de su naturaleza, son iguales entre sí. Por eso las discriminaciones raciales, al menos en el terreno doctrinal, no encuentran ya justificación alguna; lo cual es de una importancia extraordinaria para la instauración de una convivencia humana informada por los principios anteriormente expuestos. Cuando en un hombre aflora la conciencia de los derechos propios, es imprescindible que aflore también la conciencia de las propias obligaciones: de manera que aquél que tiene algún derecho tiene asimismo, como expresión de dignidad, la obligación de reclamarlo, y los demás hombres tienen la obligación de reconocerlo y respetarlo.”

Esta idea de una inmensa promoción humana la retrata esa frase que aún tengo en mis oídos, cuando se refería a la ceremonia en que le entregarían el Premio de la Paz en la Sala de los Reyes. Dijo: “Verá que por esa escala por donde antes subían los Reyes ahora es la majestad del pueblo la que sube”.

Y agrega Su Santidad, en el título que comento:

“En la comunidad humana todos deben tener, pues, desde su sitio, igual dignidad, igual responsabilidad, igual capacidad de iniciativa creadora. Sin ello la justicia es imposible y la libertad sólo una fórmula, así se traté de las empresas económicas; de la vida política; de las relaciones internacionales o de la comunidad mundial.

“Para ello, los cristianos debemos cooperar, con todos los hombres, sin distinción de barreras ideológicas o religiosas, raciales, culturales o políticas. La doctrina de la convivencia política y de la recta colaboración es llevada a sus últimas y extremas consecuencias. Es el instrumento doctrinario de la construcción de una humanidad comunitaria y solidaria.”

Permítanme, señores Senadores, que en este homenaje repita sus palabras:

“Los principios doctrinales que hemos expuesto o se basan en la naturaleza misma de las cosas, o proceden de la esfera de los derechos naturales. *Ofrecen, por tanto, amplio campo de encuentro y entendimiento, ya sea con los cristianos separados de esta Sede Apostólica, ya sea con aquellos que no han sido iluminados por la Fe Cristiana, pero poseen la luz de la razón y la rectitud natural. En dichos contactos los que profesan la religión católica han de tener muy en cuenta el ser siempre coherentes consigo mismo, descender a niveles que comprometan la integridad de la religión o de la moral. Muéstrense, sin embargo, hombres capaces de valorar con equidad y bondad las opiniones ajenas sin reducirlo todo al propio inte-*

rés, antes dispuestos a cooperar con lealtad en orden a lograr las cosas que son buenas de por sí o reducibles al bien.

“Ahora bien, siempre se ha de distinguir entre el que yerra y el error, aunque se trate de hombres que no conocen la verdad o la conocen sólo a medias, ya en el orden religioso, ya en el orden de la moral práctica; puesto que el que yerra, no por eso está despojado de su condición de hombre, ni ha perdido su dignidad de persona y merece siempre la consideración que deriva de este hecho. Además, en la naturaleza humana jamás se destruye la capacidad de vencer el error y de abrirse paso al conocimiento de la verdad. . .

“Se ha de distinguir también cuidadosamente entre las teorías filosóficas, sobre la naturaleza, el origen, el fin del mundo y del hombre, y las iniciativas de orden económico, social, cultural o político, por más que tales iniciativas hayan sido originadas e inspiradas en tales teorías filosóficas; porque las doctrinas una vez elaboradas y definidas ya no cambian, mientras que tales iniciativas, encontrándose en situaciones históricas continuamente variables, están forzosamente sujetas a los mismos cambios. Además, ¿quién puede negar que, en la medida en que esas iniciativas sean conformes a los dictados de la recta razón e intérpretes de las justas aspiraciones del hombre, puedan tener elementos buenos y merecedores de aprobación?

“Teniendo presente esto, puede a veces suceder que ciertos contactos de orden práctico, que hasta aquí se consideraban como inútiles en absoluto, hoy por el contrario sean provechosos, o puedan llegar a serlo.”

Estas palabras traducen un espíritu de tolerancia tan vasto, una forma de respeto tan sustancial por la persona humana, una base tan noble de cooperación que constituirán un testamento espiritual vivo, en un mundo desgarrado por la violencia y el

dogmatismo político o las propagandas distorsionadoras.

Esta actitud no era nueva en Juan XXIII. Algún día se proyectarán detalles de su vida y de las misiones que desempeñó en horas difíciles. Ya, como Cardenal y Patriarca de Venecia, conmovió una vez a Italia.

Se celebraba en esa ciudad un congreso del Partido Socialista, dirigido por el señor Nenni, que representaba el ala más extrema del socialismo italiano, en años de gran tensión política.

Con gran sorpresa apareció una declaración del entonces Cardenal.

“Quiero decir —expresó entre otras cosas— una palabra respetuosa y serena, como buen veneciano, también yo, que tiene a la hospitalidad en gran honor, como por lo demás se dice en el precepto Paulino para cual el Obispo debe aparecer “hospitalario y bondadoso”. Ustedes comprenderán cómo aprecio la importancia excepcional del acontecimiento que aparece con grandes relieves para el inmediato porvenir de nuestro país.

“El estará ciertamente inspirado, lo quiero creer bien, en el esfuerzo de llegar a un sistema de mutua comprensión, en lo que más vale, en el sentido de mejorar las condiciones de vida y la prosperidad social.”

Después de afirmar que no se puede obtener la reconstrucción del orden económico, civil y social moderno sobre otra ideología que no se inspire en el Evangelio de Cristo, volvía a insistir: “Pero dicho esto, a pesar de las posiciones espirituales, como se suele entre almas corteses, queda el augurio en el corazón, para que mis hijos de Venecia, acogedores y amables, como es su costumbre, contribuyan a hacer fecunda la reunión de tantos hermanos de todas las regiones de Italia, para lograr una común elevación hacia los ideales de la Verdad, del bien, de la justicia y la paz”.

Esta actitud, que en muchos causó escándalo, lo retrataba. Era la oportunidad, por encima de cualquiera interpretación partidista que nunca lo preocupó, de ser hospitalario y bondadoso, y buscar la común elevación de los hombres.

Su mensaje es de optimismo y tolerancia; de paz, justicia y respeto a la libertad y a la dignidad de cada persona.

También es una denuncia a toda forma política de poder de predominio clasista, racial o nacional; de toda forma de injusticia política, económica o social. Y la renueva con redoblada dureza, porque a su vigencia moral se agrega cada día la angustiosa amenaza de la violencia y la guerra.

Por eso, con audacia, propone en su última Encíclica el camino hacia un gobierno mundial.

De su boca no salen frases para condenar, sino un llamado siempre abierto a todos los hombres.

Es así como este Pontífice grande y único, proyecta la caridad cristiana en una doctrina social y política para el hombre de hoy.

Las ideas siempre parecen teóricas, severas y frías cuando se las enuncia en esquemas; pero cuando un hombre como Juan XXIII actúa sobre la historia, lo vemos crecer en el corazón y la mente de incontables millones de seres.

Es esto lo que hemos visto suceder; es ésta, creemos, la clase de grandeza que el Arzobispo Anglicano de Inglaterra señaló cuando dijo que ha muerto "el Gran Cristiano de nuestro tiempo". Y lo ha sido, porque ha probado una vez más que el corazón humano no puede resistir la Verdad Pura del Evangelio cuando alguien la predica y vive.

Hoy, los Senadores democratacristianos le rendimos nuestro homenaje más profundo y más sinceramente emocionado.

He dicho.

El señor VIAL.— Honorable Senado:

Un gran Pontífice se ha alejado de este mundo de incomprendiones, desvelos e inquietudes, pero tal acontecimiento no debería ser motivo de nuestra tristeza.

Si el ser superior penetra más hondo en la desventura humana; si la manifiesta comprensión y hasta el unánime aplauso jamás pueden mitigar sus ansias lacerantes por el bien común y la general felicidad de imposible logro, ¿por qué sufrir nosotros cuando, cumplida su sagrada misión con amplia generosidad y extraordinario talento, abandona esta pasajera estación de la vida? ¿Por qué la pena nos invade, cuando el Santo Prelado retorna a Dios que lo formó y se incorpora con máximo premio a la apacible Comunión de los Santos en el Cielo?

Juan XXIII pudo como hombre obtener en la tierra, por sus ideas y actos, la veneración honrada y espontánea de miles de millones de seres humanos, a quienes amó sin distinción de religiones, raza o posición. Pero, desde lo alto, mucho más puede él por ellos. Mucho más puede velar por nuestras angustias. Mejor, podrá inspirar sus santos designios de moral y hermandad.

Rara vez un Pontífice, de religión alguna, penetró tan hondamente en tantos corazones, ni nuestro recuerdo ni la historia, por antigua que sea, saben que jamás, en un mundo dividido, se haya rendido, con disputa de mayor rango, unánime homenaje de sentimiento a una vida, pobre de cuna y austera en el pasar, así como santa en su espíritu pródigo de bondad y luz.

El don de la fe es un hálito divino que con mágica vara convierte en hecho cuanto la razón y la imaginación suponen. Es un insondable misterio que con fuerza indescriptible nos otorga la conciencia, y a la vez nos exhibe nuestra realidad, tan pequeña, si compararnos pudiéramos con el Creador. Algunos adquieren este don

y así lo declaran; pero también otros lo llevan en sus corazones, encubierto tal vez, pero siempre existente.

Juan XXIII en el cuadro de amor de su vida entera, clamó por la extensión de la fe. Pidió a Dios que quienes ya la poseían respondieran agradecidos, con verdadera unción, mediante el amor al prójimo, el respeto de los humildes y la obtención de una paz sincera. Y también, mediante ese amor, buscó, cual pastor dulce y bondadoso, a los seres a quienes, sin haber pertenecido a su redil, sabía igualmente buenos y dignos.

Sublime religión la del amor; santa inspiración la de comprender y perdonar; noble batalla la de abrogar las pasiones que nublan y anulan las mejores ideas y las intenciones más dignas.

No estemos tristes: pasó por esta tierra el Pontífice querido dejando su estela luminosa, y, aunque corto fue este paso como tal, huella imprimió de carácter indeleble.

Y si abrió ante el mundo un inmenso deseo que será seguramente realidad, nosotros, con humildad, por medio de su recuerdo, llamemos a la fe hasta nuestros corazones para poder comprender así el verdadero misterio de la vida.

He dicho.

El señor ECHAVARRI.—Señor Presidente, Honorables colegas:

Aunque el Honorable señor Frei ha expresado el hondo sentimiento de nuestro partido, el Demócrata Cristiano, ante el inmenso luto que cae sobre el mundo, quiero ocupar breves minutos, como representante de una región agrícola, para poner sobre nuestro dolor el acento de los hombres de campo, de los trabajadores de la tierra, que tienen a media asta la bandera en las humildes chozas, ensombrecidas por la ausencia de este *Angelo Giuseppe Roncalli*, que, desde la casa de piedra de la villa campesina de Sotto il Monte, llegó, como Su Santidad Juan

XXIII, a ocupar la silla gestatoria, para bendecir a la cristiandad y a la humanidad entera.

El hizo correr su espíritu purificador por entre el conturbado mundo contemporánea, como si el aire del campo entrara a embalsamar el denso ambiente de la ciudad desapacible. Tuvo la fortaleza del bosque y la transparencia del agua de las quebradas. Fue como un árbol, con las raíces hundidas en la tierra y las ramas floridas confundidas en el cielo. Su abrazo era tan grande que en él cabía el mundo entero. Para él no existieron hombres de oriente ni occidente, ni blancos ni negros, ni amarillos. Sólo existió *el hombre*, hecho a imagen y semejanza de Dios, merecedor de la paz y digno de la libertad, la justicia y el amor.

Quiero expresar mi duelo, junto a los campesinos de una región de este rincón del mundo; rendir nuestro tributo de admiración y recuerdo al Pontífice máximo, bajo cuyo pecho latía la antigua juventud de la tierra; y ahora que ha partido a celestes campiñas, reintegrándose al divino regazo, esperar con fe que el mundo se ilumine con su claro legado y que el hombre escuche su voz que, desde la Eternidad, nos dirá cada día: *paz en la tierra!*

El señor MAURAS.—Honorable Senador:

Era poco el conocimiento mundial que se tenía del Papa antes de serlo. Siempre ha habido Cardenales famosos por su influencia, y los hubo célebres por su poderío. El Cardenal Roncalli era —al parecer— uno más entre los Príncipes de la Iglesia. Los que estaban a su alrededor e intimidad —esos sí— sabían la verdad de este ser excepcional.

Lo que puede saberse de la historia de los cónclaves en el curso de las edades, relatados maravillosamente en los cuarenta célebres tomos de Pastor, "Historia de los Papas", nos permite decir que esos relatos

son piedras engarzadas en los hechos políticos y en el desarrollo del mundo después de Cristo.

Más de alguna vez, la elección del Papa fue una gran sorpresa para el mundo cristiano y, a lo mejor, para los poderosos del Vaticano. ¿Lo fue la elección del Cardenal Roncalli como sucesor de Simón, llamado Pedro, piedra sillar de la Iglesia?

Cuando se produce el acuerdo del cónclave y los Príncipes Orsini y Colonna abren sus puertas selladas, aparece el Papa recién electo con sus ropas de Cardenal y es conducido de inmediato al balcón central de San Pedro. En el trayecto le colocan una casulla que se tiene lista para ser usada por el nuevo Pontífice. La de esta ocasión —afirman— era muy angosta; era para un Cardenal más delgado. Puesta en Juan XXIII, no le permitía ni los movimientos indispensables. Dicen que declaró: “Habrà que llevar con energía y valor las tareas del Pontificado”, y cruzando firmemente sus brazos por delante del pecho, rompió la casulla en la parte posterior y pudo así elevar sus brazos al cielo para dirigir a la humanidad su primera bendición “Urbi et Orbi” en aquella hora del atardecer, en aquella hora diáfana, brillante, maravillosa del “tramonto” romano.

La historia del Pontificado de Juan XXIII habrá de comenzar, pues, sólo allí, en la de su elección; y, entonces, la posteridad, como nosotros hoy, sabrá de la habilidad y talento extraordinarios del campesino de Bérgamo. Pero, asimismo, estudiando sus hechos, sabrá de su piedad infinita, de su amor sin orillas por Dios y sus semejantes, amor que lo condujo al liderato de la paz universal de nuestros días; conocerá su bondad sin limitaciones humanas, y sabrá, también, de su carácter enérgico y, al mismo tiempo, de su sencillez y buenas maneras,

como de su extraordinario sentido común e, incluso, de su exquisito buen humor.

En suma, la historia hablará de un verdadero Papa, esto es, de un auténtico jefe espiritual. Porque, además de todas sus condiciones, el muchacho toscano y pobre de Sotto il Monte demostró —una vez más—, cuando fue elevado al Papado, ser un hombre libre de ambiciones personales, y de influencias terrenales, también libre, lo que nos hace exclamar —usando la frase de un italiano ya desaparecido— que Juan XXIII estaba pleotórico de todas las virtudes, porque “era recto como una espada”.

Permítaseme la licencia de recordar que, justo en esta época, hace cuatro años, él tuvo la gentileza de recibirnos a un grupo de Diputados chilenos: a los Honorables señores Fritz Hillmann, Víctor González Maertens, Humberto Enríquez Frøedden, Ignacio Palma Vicuña, Rafael de la Presa y a mí. Los tres últimos acabábamos de dejar nuestros cargos en la Mesa Directiva de la Cámara. La visita —estoy cierto— es para todos nosotros inolvidable. En cuanto a mí, es un bello recuerdo del que siempre hablo a mis hijos. Este era mi segundo viaje a Roma, y, en verdad, deseaba ardientemente conocer el Vaticano por dentro y no como turista. Quería saber cómo ese pequeño trozo de terrenos y edificios se mantenía incólume en medio de Roma, una villa de la cual, por sus exteriores, en el mundo de hoy, podría decirse que es una ciudad con ribetes paganos.

También habíamos estado, alguna vez, apretujados en la Capilla Sixtina entre cientos de turistas norteamericanos, alemanes o escandinavos que, arriba de las sillas o en las posiciones más inverosímiles, tomaban fotografías, pintaban o, sencillamente, gritaban en todos los idiomas.

Comprenderán, entonces, Sus Señorías por qué la visita al Papa es una visión

tan solemne. Recuerdo que cuando, entre guardias suizos, íbamos por la Loggia de Rafael, empezamos a sentir la majestad del Pontificado, que se hizo más patente en la Sala del Trono y en la del Tronillo. Quietos, expectantes, esperando. De pronto, un sacerdote de elevada categoría abrió suavemente una puerta y dijo: "Caballeros, el Papa". Y apareció Juan XXIII todo vestido de blanco inmaculado, sólo con una hermosa cadena de oro al cuello, que terminaba en un crucifijo. Se sacó levemente el birrete y nos dio los buenos días. Habló de Chile, de sus instituciones democráticas y de la paz y, después, nos invitó a acompañarlo a presenciar su audiencia semi pública. Allí, por sus respuestas y consejos, confirmamos quién era el Papa que habíamos tenido el alto honor y privilegio de conocer. Sentimos su fuerza espiritual y vimos su poderío y esplendor. Poderío y esplendor que no fue óbice para contestar, cuando le preguntaron con qué títulos de nobleza iba —en uso de sus derechos papales— a honrar a sus sobrinos: "Los honro con el título de sobrinos del Papa. ¿Qué más pueden querer?".

Breve su reinado, su paso por la tierra es indeleble, en especial, a nuestro juicio, porque dio al Papado su sentido extraterrreno, por predicar con tan intensa verdad su amor al prójimo, culminado en su cruzada sin desmayos por la paz entre los hombres.

Dio, también, a la Iglesia Católica su sentido universal. Durante Juan XXIII, la Iglesia Católica no fue la de Occidente: trató de ser la Iglesia de todos los hombres del mundo. Y el amor con que hoy lo recuerdan todas las iglesias —protestantes, cismáticas o mosaica—, las palabras respetuosas de jefes de la francmasonería, son prueba emocionante de que la labor del Papa muerto fructificó en el alma del hombre.

Los Senadores del Partido Radical le

rendimos nuestro homenaje reverente y creemos propicio y adecuado decir, para enseñanza de paz y elevada convivencia, a las generaciones futuras, que hagan honor y mantengan la primigenia divisa del radicalismo: su tolerancia y respeto a la persona humana, tolerancia que ha contribuido a dar belleza singular a nuestra edificante vida pública.

Por último, estamos ciertos de que los quinientos millones de católicos del mundo de hoy y los muchos millones de no católicos que lo querían y respetaban, tendrán para él, por mucho tiempo, una lágrima en su corazón; y mañana, cuando baje a su cripta definitiva, los hombres humildes del mundo que forman los ejércitos de paz que él guiaba, dirán como el gran poeta americano a la muerte del largo leñador libertador de esclavos: "Ha muerto mi Capitán. Mi Capitán. Oh, mi Capitán".

He dicho.

El señor FAIVOVICH.—Señor Presidente, Honorable Senado:

El deceso del Pontífice Juan XXIII ha provocado en todos los ámbitos del mundo emoción sobrecogedora. Se diría que, desde su lecho de muerte, ha emergido un hábito espiritual inasible a la expresión humana. Su silencio y ausencia material gravitan aún más intensamente que sus propias palabras y sus actitudes magistrales, sobre la conciencia de los individuos y los pueblos, haciéndoles sentir la extensión y profundidad de esta hora de prueba. Si anteriormente hubo quien prescindiera de su voz cuando ésta se alzaba desde la cátedra pontificia, hoy nadie deja de comprender el ejemplar significado de la misión que ejerció con inigualada nobleza; y en su capilla ardiente monta guardia de honor la veneración universal.

En nuestro país, como en todas las comarcas lejanas o próximas a Roma, el pueblo ha rendido homenaje a tan egregia personalidad, por intermedio de sus más relevantes valores. También los partidos

políticos han inclinado respetuosamente sus banderas ante los despojos de quien propugnó la paz, la comprensión y la justicia entre todos los hombres de buena voluntad. Solidarizo sin reservas con las expresiones vertidas por quien ha rendido en esta sala el tributo de mi partido. Estimo que ellas interpretan fielmente mis sentimientos de chileno y militante radical, pero, en esta triste ocasión, no puedo desoír otras voces de mi espíritu que me impelen a expresar esta congoja que tiene tantas raíces humanas y que, sin embargo, nos eleva por encima de las pasiones y miserias de la tierra.

Innumerables son los actos y palabras del Pontífice Juan XXIII destinados a perdurar como inapreciables enseñanzas para toda la humanidad; pero no es necesario invocarlos uno a uno, porque resulta evidente la forma en que su conjunto contribuyó a mejorar las relaciones humanas. Para medir la magnitud de su obra, basta observar el mundo actual y advertir el surco que en él trazaron sus pasos. En la historia de su Pontificado, se encuentra un compendio maravilloso de ideas y sentimientos que se concatenan, que constituyen una especie de fluido que emanó constantemente de una personalidad superior, cuyo ascendiente se ejerció en lo grande y lo pequeño por medio de la humildad, la generosidad de corazón y una sed insaciable de justicia.

En el pueblo de Israel, está viva la gratitud que inspiraba Juan XXIII por la labor que realizó, mientras fue Nuncio en Turquía, para salvar a millares de judíos de la bestial persecución "nacista". Pero más allá de esta acción, y aun más importante que las vidas salvadas por su afán humanitario, permanece como título imprecadero a la gratitud universal el respeto y la comprensión con que consideró todas las creencias, no tan sólo para promover la unión de todas las Iglesias cristianas, sino también, y sobre todo, para impulsar

la unión de todos los pueblos y los hombres.

El Apóstol San Pablo, Saúl de Tarso del Antiguo Testamento, fundador de aquella comunidad que se llamó de los "Judíos Nazarenos", decía, en una de sus cartas a los romanos, que cada alma debe quedar subordinada sólo a los poderes supremos, e instruía a los primeros cristianos para dejar que cada hombre permaneciera fiel al llamado espiritual que en su conciencia había recibido. No de otra suerte se ha expresado Juan XXIII durante su breve y fecundo reinado, al reconocer la buena fe de quienes no pertenecen a determinada Iglesia y al establecer que toda conciencia, por equivocada que los católicos la juzguen, impone obligaciones y tiene los correspondientes derechos. En defensa de éstos, ordenó la modificación de todos los textos que resultarían hirientes para el pueblo de Jehová. Y así enalteció la misión espiritual de la Iglesia Romana y eliminó los instrumentos temporales de la intolerancia y la incompreensión.

Antes que al precepto dogmático, Juan XXIII miró, en la profundidad del corazón del hombre, la honestidad de las convicciones ajenas, reconociéndoles la prerrogativa inalienable del respeto. A este sentido humano correspondió también su iniciativa de invitar a los cristianos no católicos, mediante su Encíclica "Ad Petri Cathedram" (En la Cátedra de Pedro), a participar en el Concilio Ecuménico, en el cual quería encontrar una admirable manifestación de unidad espiritual.

En todos los aspectos de su labor, se advierte el celoso afán de concordar los actos con la doctrina, sobre todo en cuanto atañe al respecto hacia la personalidad humana, como precepto derivado de la ley natural, que es la Ley de Dios. Quiso que en el Concilio no se impusieran dogmas, sino que las formas apostólicas se adecuaran a los tiempos y a las profundas transformaciones sociales que los caracterizan. Anheló que en esa Magna Asam-

blea encontrara expresión práctica el término de la Era Constantianiana, para dar paso a esa unidad espiritual afanosamente perseguida como sólida base para la pacificación del mundo. Por desgracia, no logró contemplar el término de esta iniciativa. Pero sus virtudes, su maravilloso ejemplo, su innata sencillez, su sentido humano y su concepción de la vida conquistaron otra suerte de unidad que se hace presente en esta hora: la unidad en la congoja que provoca su desaparecimiento; la unidad de todos los pueblos, que han suspendido sus inquietudes y sus actividades, para meditar en la vida y recoger las enseñanzas de este Pastor que, en medio de la pompa soberana, supo conservar su dignidad de hijo del pueblo.

En 1958, al ser designado sucesor de Pío XII, el entonces Angelo Giuseppe Cardenal Roncalli, eligió el nombre de Juan XXIII para borrar la memoria de un usurpador. Así, desde el primer instante opuso una barrera a cuanto pudiera significar la imposición de un poder ilegítimamente ejercido. En las postrimerías de su noble existencia, este pensamiento hubo de adquirir una forma más positiva, y en su Encíclica "Pacem in Terris" (Paz en la Tierra), no sólo se pronuncia en favor de un mundo cuya paz se fundamenta en la verdad, la justicia, el orden y la libertad, sino que, además, se coloca en la vanguardia de los Pontífices, porque es uno de los primeros en la historia que aprueba la democracia constitucional.

Pontífice, verdadero pastor de almas, Juan XXIII trazó puentes entre las religiones y entre las razas; entre el racionalismo de la ciencia y la espiritualidad de las Iglesias; entre los pueblos y las clases sociales; entre las formas tradicionales de la jerarquía eclesiástica y la legitimidad de las democracias representativas. Cada una de sus actitudes despertaba inquietudes superiores y conducía a la consideración de los grandes problemas

humanos. Su primera salida del Vaticano estuvo destinada a visitar a quienes están privados de libertad. Sus más tiernas expresiones iban dirigidas hacia los niños y los pobres; hacia los débiles y a quienes hasta ahora no pueden otra cosa que concebir esperanzas.

En su Encíclica "Mater et Magistra" (Madre y Maestra), abre nuevos cauces a la acción pública, en favor y defensa de los desheredados de la fortuna y en pro de una mejor distribución de los bienes de la tierra.

Pontífice ejemplar, Juan XXIII proporcionó la justicia, y a los débiles, esa fuerza emanada de un espíritu acendradamente apostólico para el cual los egoísmos y querellas de los hombres son barreras efímeras que pueden salvarse mediante la comprensión, la fraternidad y la tolerancia.

Señor Presidente, señores Senadores:

Los hombres de mi credo valorizamos la excelcitud del amor, porque sabemos del odio y las persecuciones. Buscamos la justicia, porque hemos conocido la iniquidad. Anhelamos la unión, porque hemos padecido el apartamiento y los enconos que vilmente engendra. Nos esforzamos por promover la paz, porque pesan sobre nosotros muchos siglos de angustiosos éxodos con su trágico cortejo de angustias y dolores. Procuramos encontrar con veherencia la comprensión con que nosotros juzgamos a los demás, porque profesamos normas de hondo sentido humano. De ahí, señores, que hayan llegado a lo íntimo de nuestro corazón las palabras y ejemplos de Juan XXIII, a quien llamábamos "Juan El Bueno", porque ellas constituyen un compendio magnífico de cuanto significan nuestras aspiraciones espirituales. Una era de paz, de cordial entendimiento entre los hombres, de tolerancia entre los diversos credos, como lo auspició el egregio Pontífice desaparecido, ha de ser precursora de ese advenimiento

que el Pueblo de la Ley espera con fervorosa fe.

Negros crespones de luto cubren la Estrella de David; y al compartir con la Cristiandad una misma desolación y tristeza, puedo afirmar hoy, como lo hice ayer, que una lágrima asoma en el rostro dolorido del pueblo de Israel por la pérdida de este magnífico Príncipe de la Iglesia de Cristo.

El señor ZEPEDA (Presidente).— Si hubiera acuerdo de la Sala, se publicaría "in extenso" el homenaje.

Acordado.

Se levanta la sesión.

—*Se levantó a las 18.10.*

Dr. René Vuskovic B.
Jefe de la Redacción.